

Son las 8:00 de la mañana y me dispongo a irme al hospital en el que trabajo desde hace años.

Anoche no dormí bien, debí cenar demasiado. Me lleva mi marido, que entra a trabajar más tarde que yo, y eso hace que mi humor mejore. Coger el autobús un Domingo es tener que madrugar doblemente por la reducción de líneas del festivo. Del festivo de la mayoría, claro. Del señor conductor y de los que nos dedicamos al servicio y cuidados de los demás, no. Eso no entiende de festivos.

Mi mejor amiga me llamó anoche agobiada. Las oposiciones la tienen muy nerviosa y es que se juega demasiado. Por eso dice que últimamente discute mucho con su familia, que siente que pierde tiempo de su vida y hoy su marido y ella han dormido enfadados y él se ha ido a trabajar sin haber hablado.

Le regaño por ello; es mi amiga y tengo suficiente confianza para hacerlo. Soy enfermera desde los 20 años y si algo me ha enseñado mi trabajo es a no irme a la cama enfadada con nadie que me importe y a darle a cada cosa la importancia real que tiene.

Le doy un beso a mi marido, le agradezco siempre que madrugue un poco más por mí y me deje en la misma puerta y me dispongo a darlo todo en mis 12 horas de trabajo dominicales.

Entre la cantidad de cosas que vemos, muchas de las cuales no tienen ningún criterio en acudir al hospital, observo lo afortunados que somos los que no tenemos “problemas” en nuestra familia y tenemos salud, trabajamos en lo que nos gusta y nuestro entorno es saludable. No hablo de vidas ideales, sino de salud, que es la que le da sentido a todo y la que a todos nos iguala cuando cojea.

Cuántas personas acuden a urgencias buscando una pastilla y se tranquilizarían más con un abrazo o un café con alguien que le quiera y le cuide.

Queremos a veces medicalizar la vida y sin embargo en tiempos de humanización, cada vez veo que le prestamos más atención a las pantallas y menos a las personas. Entre las caídas tontas por el día de lluvia que ha amanecido, la batalla de los patinetes eléctricos y los dolores de espalda reagudizados, llevamos más de 5 horas sin parar y aún el día no ha empezado.

Suena el teléfono y nos avisan de que traen el helicóptero a una persona. Un hombre al parecer ha sufrido una caída y viene muy grave. El paciente llega y mientras realizamos el protocolo observo tatuajes con un nombre y una fecha. Parece mayor. Aún no sabemos casi datos porque estaba sólo y lo encontraron inconsciente. No llevaba el DNI encima aunque sí el teléfono.

Le tenemos que quitar la ropa, la cosa se complica. Tiene una cadena con una virgen en el cuello y la piel dura de quien ha trabajado en el campo. Me cuesta canalizarle una vía pero finalmente lo consigo. Puede que tenga menos edad de la que aparenta. En el tatuaje del brazo que le sujeto, un nombre y una fecha reciente. Seguramente será su nieta. Me pregunto cuándo sería el último día que la vió. El caso no pinta nada bien.

Mi compañera guarda en una bolsa sus pertenencias y entre ellas se encuentra un paquete de tabaco, el mechero, las llaves de casa y su teléfono que al tocarlo, la pantalla de bloqueo se enciende. 45% de batería. El fondo de pantalla, él sonriendo junto a una niña preciosa, quizás, la del tatuaje. Estoy segura.

Suena el teléfono dentro de la bolsa transparente. No lo podemos coger, estamos a otra cosa y no podemos dar esa información de esa manera.

En la llamada entrante un nombre acompañada de la palabra “hija”. Observo que tiene más de 30 llamadas. Estaba sólo y alguien lo esperaba, seguro. Era domingo y seguramente habría quedado en hacer algo. Lo empiezan a echar de menos. Me pongo en el lugar de familia y se me parte el alma. Siempre le digo a mi marido que me avise al llegar al trabajo. Eso también lo aprendí desde los 20 años. Me pongo en lo peor, si no se de los míos. Deformación profesional quizás.

La gente de la zona se entera de lo sucedido y su familia llama a todos los hospitales, con la triste certeza de lo que se temían. Estaba en uno de esos...y la administrativa le dice que vengán tranquilos, pero que acudan en cuanto sea posible.

Y llegan...

El pronóstico era muy grave y mientras su teléfono no dejó de sonar, yo me bebí las lágrimas y un nudo se me hizo en la garganta pues su frecuencia iba en aumento y su saturación bajaba. La tensión no remontó nunca y por dentro estaba muy machacado. Llegó la parada cardiorespiratoria y tras un algoritmo de reanimación que se ejecutó

perfecto, llegó esa temida línea que odiamos ver. Esa asistolia irreversible que confirma lo peor.

Un vecino alertó de que le vió a primera hora y le dijo que iba a hacerle un chapú a un amigo aprovechando que estaba de vacaciones.

Pobre amigo cuando se enterase,...pero sobre todo, pobre él. Cuando llega la familia, cobra todo otro sentido. Ya no es ese paciente desconocido que por desgracia no ha superado las secuelas. Ya tiene nombre y apellidos y una historia que nos deja rotos a todos. Su mujer nos cuenta que discutieron esta mañana porque ella quería ir a la playa y el quiso hacerle el favor a su amigo. Su hija le llamó además hacía 4 días y le dijo que estaba muy cansada, que mejor ya se verían el domingo para celebrar que finalmente trabajaba en su tierra y comerían juntos con la niña. La del tatuaje. Sí.

Cuando abrazada al cuerpo de su padre le pedía perdón por no haber ido por cansancio el día que la llamó y por haber estado tantos años fuera de su país, buscándose un trabajo digno en otro. Decía que su padre estaba ahora muy contento porque tenía a toda su familia cerca y aquel domingo habían quedado para comer juntos...

Pero no puso ser. Le intentamos decir lo orgulloso que seguro estaba de ella y que no se sintiera culpable...le dejamos a solas para que se despidiera de una manera más íntima.

Creo que fue de las pocas veces que vi a el equipo salirse por las diferentes puertas llorando, o con las lágrimas en los ojos, intentando mantener el tipo. Les dijimos que le dejábamos fuera despedirse de él pero pienso que en aquel momento, todos necesitábamos un rato a solas. Ella era también sanitaria y quizás esa similitud con tenerte que despedir en esa mesa en la que probablemente has trabajado de un familiar quizás nos dejó a todos fríos pensando que en cualquier momento el paciente que nos entra puede ser alguien cercano...y lo duro que sería para ella.

Salimos, como quien sale de otro mundo y los pacientes con patologías menores y familiares que esperaban, nos vieron, aunque disimulamos, limpiarnos las lágrimas y meternos en el baño para no desmoronarnos allí, y sentí que en ese instante mucha gente comprendió quizás que nuestra profesión no es sólo un título y un sueldo a fin de mes. Que nuestra profesión es amar lo que haces cada día y trabajar a diario con lo más

bonito y con lo más duro de la vida, la muerte. Y con el duelo que queda en los familiares y amigos de las PERSONAS que tenemos por delante.

A veces nos cuesta entender que aunque trabajamos para salvar vidas o mejorarlas, no siempre podemos conseguirlo, y me parece una forma bonita cuidar esos últimos momentos con humanidad, y no perder nunca de vista que tenemos delante una persona con historia, con familia, y que es muy importante para su duelo que se despidan.

A veces me pregunto cómo será la enfermera que en mi último día me atienda y me encanta imaginar que la humanidad irá de su mano.

Y acaba el turno y al llegar a casa abrazo a mi marido y le digo que nos pasemos a ver a mis padres.

-¡Estás loca!, ¿no estás cansada?

Y de nuevo lloro y le cuento mi día.

Afortunadamente no todos son así de duros, y muchas veces las cosas salen bien, pero aprender a vivir el segundo que tenemos delante y valorar a mi familia y a mis amigos es lo más bonito e importante que me ha dado la enfermería. Y a relativizar los problemas porque un mal día lo tiene cualquiera, pero hay que intentar irse a la cama diciéndole a los que quieres que los quieres y expresando las cosas en vida y no cuando ya no hay nada que hacer.

Hay personas que pasan por nuestra vida para darnos lecciones y aquel domingo, ojalá no hubieramos recibido aquella.

Fdo:

Enfermera Evidente.